

## Reconceptualizing the Peasantry: Anthropology in Global Perspective.\*

Tres escenarios dispares: la Europa contemporánea que evoca el estudio de la hipermodernización e industrialización de la agricultura campesina;<sup>1</sup> la Centroamérica durante y después de la guerrilla y de la reforma agraria que nos recuerda los debates sobre el potencial revolucionario del campesinado;<sup>2</sup> y la Argentina del siglo XX que ostenta una naciente corriente de investigación que descubre la existencia de un campesinado en su territorio nacional.<sup>3</sup> Sin ir más lejos que

\* Michael Kearney. *Reconceptualizing the Peasantry: Anthropology in Global Perspective*, Westview Press, Boulder, 1996, 210 pp.

<sup>1</sup> Werner Rösener, *Los campesinos en la historia europea*, Crítica, Barcelona, 1995.

<sup>2</sup> Martin Diskin, "Distilled Conclusions: The Disappearance of the Agrarian Question in El Salvador", *Latin American Research Review*, vol. 31, núm. 2, 1996, pp. 111-126; Jeffery M. Paige, "Land Reform and Agrarian Revolution in El Salvador: Comment on Seligson and Diskin", *Ibid.*, pp. 127-139; Mitchell A. Seligson, "Agrarian Inequality and the Theory of Peasant Rebellion", *Ibid.*, pp. 140-157.

<sup>3</sup> Marcelo Germán Posada. "En torno a los campesinos argentinos: aportes críticos para su estudio y discusión", *Estudios interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, vol. 7, núm. 2, Tel-Aviv, julio-diciembre de 1996.

estos ejemplos de intereses recientes por la cuestión campesina, aquí tenemos una amplia representación de los contenidos de la ambigua categoría de *campesino*.

La tarea emprendida por Michael Kearney en su más reciente libro <sup>4</sup> se desarrolla en torno a la manera en que la antropología ha construido esta categoría. Así, nos presenta un análisis de la historia de la antropología, situándola en cuatro grandes corrientes o momentos bien delimitados: la etapa *formativa*, la *clásica*, la *moderna* y la *global*. En el transcurso de la exposición de estas etapas de la antropología, el autor nos indica constantemente los momentos en los cuales no únicamente pretende dilucidar el contenido de la categoría en sí misma, sino que desea

<sup>4</sup> Sus publicaciones anteriores incluyen: *The Winds of Ixtepeji: World View and Society in a Zapotec Town*, Holt, Rinehart and Winston, New York, 1972; *World View*, Chandler and Sharp, Novato, 1984, y (con James Stuart) *Causes and Effects of Agricultural Labor Migration from the Mixteca of Oaxaca to California*, University of California, La Jolla, 1981.

plantear las necesidades de una reelaboración de las construcciones epistemológicas que están en el transfondo de su disciplina. Durante las tres primeras etapas señaladas, Kearney afirma que la antropología tenía como fundamento el establecimiento de un *yo* interno-central y un *otro* externo-periférico. Sin embargo, durante la última y presente etapa analizada —la *global*—, la irrupción dentro del espacio propio del *yo* de parte de las periferias construidas durante los momentos anteriores hace patente el tener que repensar las bases mismas de las construcciones antropológicas.

Las primeras tres etapas señaladas por Kearney tienen una característica en común: un pensamiento fundamentalmente dualista. La etapa *formativa* corrió desde finales del siglo XIX hasta principios de éste asentando teorías de evolución social que establecían megaexplicaciones de cómo un *yo* civilizado tenía sus antecedentes en un *otro* primitivo. Las construcciones formativas fueron el producto de “teóricos de sillón [en cuyas representaciones...] no había ninguna comunidad de gente llevando a cabo una vida cotidiana” (p. 26).

Entre las dos guerras mundiales, se desarrolló la etapa *clásica*: el antropólogo comenzó a observar directamente al primitivo para así poder informar a su propio mundo civilizado de espacios reales y vividos. Sin embargo, el autor concluye que esta forma de elaborar imágenes del *otro* ignoró el terreno medio de los vínculos entre el *yo* y el *otro*, que era el colonialismo. Así, las comunidades estudiadas eran acotadas sin contemplación del elemento tiempo. Hasta este momento, la categoría de campesino no aparecía en el léxico antropológico.

La era *moderna* de la antropología tuvo como telón de fondo la Guerra Fría y los procesos de descolonización. Desde este contexto emergió una reordenación del pensamiento dualista para inventar la categoría de campesino. El Este fue considerado como la amenaza principal para el Oeste; los ejemplos de China, Corea y Vietnam mostraron que esos países albergaban actores peligrosos, que a la vez eran ambiguos, ya que, a la luz de sus actos, no podían ser fácilmente catalogados como *primitivos*. Además, la movilización masiva de

poblaciones rurales en la lucha anticolonialista señalaba la intervención en ese terreno medio hasta ese momento ignorado por la antropología. El nuevo binomio oposicional adoptado fue el de *desarrollado y subdesarrollado*. Bajo este concepto nació el estudio en torno al *Folk-urban continuum* que señalaba la transición inexorable de la comunidad tradicional a la cultura moderna-urbana.<sup>5</sup>

La invención del campesino como la expresión social del subdesarrollo requirió de un proceso de reedificación y esencialización de él. Tal construcción tenía dos supuestos: que el campesino guardaba una noción particular de la tierra como valor, y que existía como tal en una relación subordinada a un Estado supernumerado que le extrae sus excedentes. La definición del campesino en términos de la esfera material, lo esencializó y lo redujo al estatus de

objeto político. Como un paréntesis, Kearney afirma que aun antes del empleo de la categoría, la ontología del campesino ya estaba seriamente erosionada. La década de los sesenta demostró la seria dificultad que experimentaban las teorías de modernización: tanto para la *derecha* —que buscando desarrollar al campesino hasta su desaparición, topaba con que resistía—, como para la *izquierda* —que encontraba que el campesinado “balconeaba” al proletariado revolucionario. El otro precepto constitutivo de la visión modernista de la cuestión campesina era que cada campesinado estaba acotado dentro del marco del Estado-nación, lo cual representaba otra dualidad: de ser o no ser parte de la nación moderna y desarrollada. La categoría básica de clasificación de la modernización, en su faceta nacional, era el individuo con una identidad unitaria.<sup>6</sup>

<sup>5</sup> El trabajo pionero fue de Robert Redfield. *A Village that Chose Progress: Chan Kon Revisited*, University of Chicago Press, Chicago, 1956. Es de mencionarse que en la etapa *moderna*, la antropología recuperó la larga tradición de escritos sobre el campesino y la sociedad rural elaborados dentro de la sociología y la economía, especialmente la corriente crítica encabezada por Marx y Engels, y la conservadora de Chayanov.

<sup>6</sup> Hay que recordar que mientras Kearney se acerca a la discusión de la teoría antropológica y de la elaboración del discurso político en el contexto de la descolonización y formación de los Estados-nación después de la Segunda Guerra Mundial, podríamos encontrar construcciones muy similares desde el México independiente y a lo largo del siglo XIX, al abordarse el problema de los indios.

Un momento de cambio importante dentro de la corriente de la modernización fue el desarrollo de las teorías de dependencia.<sup>7</sup> Esto permitió una ruptura con el cerco tendido por el desarrollismo: en lugar de la construcción teleológica de éste, los dependentistas mostraron un solo sistema de subordinación de la periferia al centro, bajo el cual los países denominados subdesarrollados —y por lo tanto, sus campesinos— siempre se quedaban atrás de las metrópolis nucleares del sistema-mundo. De tal manera, los países desarrollados reproducían el subdesarrollo. Mientras que los dependentistas se concentraban en desentrañar cuestiones de orden macro, una corriente que Kearney denomina articulacionista surgió para explicar los espacios nacionales y la forma en que el capitalismo local subsumía y reproducía formas de producción no capitalistas, especialmente las campesinas.<sup>8</sup> En esta etapa comienza el reacomodo del campesino *único* a través del

empleo del guión —el campesino-obrero, el campesino-jornalero, etcétera—, o el desarrollo de descripciones teleológicas como el campesino en vías de proletarización, o en vías de aburguesamiento, etcétera. El nexo común de estas dos corrientes fue tanto el combate a los modernistas, como una producción intelectual en la periferia misma, para mostrar la continuidad de un campesinado que, de manera anticipada, había recibido su acta de defunción. El punto final de este conjunto de corrientes contestatarias fue el trabajo iniciado por Alain de Janvry, quien propuso la existencia de economías desarticuladas en el Tercer Mundo. La aportación de De Janvry consistía en la sugerencia —no desarrollada a fondo— de la coexistencia de múltiples identidades (feminismo, regionalismo, etnia o religión), con lo cual se llega a la conclusión de que no hay una correlación entre identidades complejas y una clara política de clase.<sup>9</sup>

<sup>7</sup> El pionero de esta corriente fue André Gunder Frank.

<sup>8</sup> Señala especialmente a Ernesto Laclau y Chantal Mouffe.

<sup>9</sup> Es interesante mencionar la lista de lealtades que se conjugan en momentos de movilizaciones de masa como en la Revolución mexicana: étnicas, regionales, ideológicas, clientelares y de clase, señaladas por Alan Knight en *La Revolución Mexicana*, t. 1, Grijalbo, México, 1996, p. 22.

Kearney da credibilidad a esta última idea al decir que pocos podemos apreciar una clara oposición de clase dentro de los grandes momentos de cambio registrados en la historia (pp. 136-149). Al contrario de algunas corrientes contemporáneas que desechan el concepto de clase social, este autor afirma que como una construcción rígida no puede emplearse como forma de localizar la identidad de sujetos, sino que se requiere de una reconstrucción en torno a la multiplicidad del individuo en el contexto de la última etapa señalada de la globalización (propone el uso del término *persona* para permitir esta polivalencia<sup>10</sup> en lugar del acotamiento único del individuo). Bajo esta perspectiva, subraya la necesidad de localizar las diferenciaciones internas con relación en las externas.

<sup>10</sup> Para tal fin, inventa el término de *polibio* para abordar las facetas del sujeto denominado campesino: "El polibio se asemeja al camaleón, que es capaz de igualar su color para con su entorno inmediato. Pero a diferencia de tal coloración protectora que está únicamente a nivel de la piel, los polibios adaptan su forma de ser a los diferentes modos de existencia conforme se mudan oportunamente de un espacio de vida a otro [...] por lo tanto, [el polibio] subvierte las identidades estructuradas de manera dual: polibios trascienden el dualismo". (p. 141)

La etapa *global* de la antropología constituye la parte propositiva del libro de Kearney, en donde pretende desechar los residuos del pensamiento dualista que aún persistían dentro del trabajo de dependentistas, articulacionistas y desarticulacionistas. El contexto actual ha deconstruido las bases mismas para sostener las nociones de tiempo y espacio que anclan las formas dualistas de explicación: ya no es válido separar ciudad-campo, moderno-atrasado, etcétera; ya no es posible identificar centros y periferias porque a quienes denominamos campesinos participan en múltiples espacios y, por tanto, de identidades cambiantes. Al mismo tiempo, ellos son sujetos de la formación de esos espacios globales en lugar de ser simples objetos que están a la deriva frente a las señales externas a su *pequeña república*.<sup>11</sup> Así, el autor señala el traslado de la categoría de contención de campesino, para avocar el relativismo y el aparente caos. Los posibles puntos de

<sup>11</sup> La visión de la globalización del campesino de Kearney está basada en su trabajo empírico sobre la mixteca oaxaqueña y los procesos migratorios hacia el norte de México y hacia los campos y ciudades de California.

reconstrucción del orden intelectual son: 1) la conceptualización de redes, que él prefiere considerar más bien como retículas, en donde cualquier punto espacial puede entrar en contacto con cualquier otro —es decir, la decentración—;<sup>12</sup> y 2) la incorporación de otra visión del valor que no esté anclada en la esfera económica y la naturaleza esencializada del campesino (el arraigo a la tierra, y la lucha entre el valor de uso y de cambio), que denomina valor general. Esta última idea permite a Kearney recuperar el concepto de clase, con un sentido más amplio y multidireccional, como el contenedor de la lucha de los subalternos por los signos y valores producidos en cada tipo de espacio de la retícula ocupado por el campesino.

La perspectiva que abre Kearney con su análisis de la etapa *global* tiene dos vertientes. Una podría situarse dentro de las interpretaciones de los nuevos movimientos sociales que señalan

<sup>12</sup> Este concepto de decentración también se está empleando actualmente en los estudios de la política: véase por ejemplo, Jeffrey W. Rubin. "Decentering the Regime: Culture and Regional Politics in Mexico", *Latin American Research Review*, vol. 31, núm. 3, 1996, pp. 85-126.

el fin de las identidades clásicas, para luego concentrarse en demandas de tipo inmediatista. Kearney tiende a rechazar ésta como una interpretación adecuada, ya que precisamente el empleo anterior de la categoría campesina implicaba la contención y acotamiento de demandas dentro de canales estrechos, volviéndolas inmediatas.<sup>13</sup> El autor prefiere asignar a la polivalencia el carácter de una apertura hacia la formación de nuevas identidades colectivas, con la particularidad de retomar demandas de orden global: las dos demandas globales que él destaca son la ecología y los derechos humanos. Específicamente propone la etnicidad como una de las nuevas identidades con mayores posibilidades de representar a esos polibios que viven en un mundo global y descentrado.<sup>14</sup>

<sup>13</sup> En el caso de la mixteca, asevera que los habitantes que asumían la identidad de campesino tenían bien dibujadas las vías políticas a seguir.

<sup>14</sup> De nuevo retoma su trabajo empírico sobre los mixtecos para subrayar, por un lado, las limitantes a sus acciones en cuanto identidades específicas como campesino, trabajador, comerciante, ambulante, etcétera, y por el otro, los alcances de la organización mixteca como tales en California, y las estrategias de alianzas realizadas con otros grupos étnicos.

Es innegable la aportación teórica del libro de Kearney sobre un debate que mostró señales de agotamiento durante la década de los ochenta.<sup>15</sup> No obstante, tal vez habría dos críticas que se le pueden hacer. Por un lado, puede pensarse que el libro peca del eurocentrismo u occidentalismo que se mostraba en trabajos pioneros que pretendieron abordar el deterioro de las identidades clásicas y el avance de la sociedad posindustrial o global.<sup>16</sup> Por el otro lado, la parte del libro que analiza la construcción de la cate-

goría de campesino y las premisas centrales de la antropología es convincente; sin embargo, en la parte propositiva que pretende sugerir las avenidas posibles del futuro falta el mismo nivel de concreción.<sup>17</sup> No obstante, en conjunto, este es un libro que abre una puerta al avance de la comprensión de los fenómenos que todavía solemos llamar rurales y, como tal, representa una lectura obligada para cualquier interesado en el tema.

*David Skerritt Gardner*

<sup>15</sup> Tal vez el mejor ejemplo de esto fue el libro coordinado por Luisa Paré. *Polémica sobre las clases sociales en el campo mexicano*, Macehual, México, 1979, en el que se desplegaron las posiciones modernistas y articulacionistas, con el resultado de un frustrante empate.

<sup>16</sup> Véase por ejemplo, Alain Touraine. *L'après socialisme*, Éditions Grasset et Fasquelle, París, 1980.

<sup>17</sup> En cuanto a las dificultades que experimentan los teóricos de los nuevos movimientos sociales, véase Alan Knight. "Historical Continuities in Social Movements", en Foweraker y Craig (eds.). *Popular Movements and Political Change in Mexico*, Rienner, Boulder, 1990, pp. 78-102.